

Deber y satisfacción



Con motivo del primer centenario de la muerte del P. Francisco Coll, fundador de la Orden de Dominicas de la Anunciata, coincidente con la aprobación de su primer milagro para introducir la causa de beatificación, se ha formado un museo en la casa madre de Vich con las aportaciones de todas las casas de la Congregación y en él figura esta fotografía que nos complace reproducir como detalle de la vida local alcazareña que algún día pueda figurar en su historia y como testimonio de consideración y homenaje a las religiosas que comparten nuestra labor haciéndola posible y realizándola con su magnífico apostolado.

Tengo especial, especialísima atención para las monjas y cuando viajo rara vez dejo de visitar las iglesias de sus conventos, por lo general desiertas, donde se encuentra una concentración epiritual que inunda el alma de silencio, de paz y tranquilidad que es el bien sumo, moderación, benevolencia y resignación con nuestra suerte.

Aún en las iglesias céntricas es ahora perceptible la soledad, como antiguamente, con lo que la iglesia recobra su carácter misionero y protector, consolador. Y es sorprendente que permanezcan cerradas tantas horas en espera de la invasión tumultuosa que la hace impropia para la contrición y el arrepentimiento.

Las iglesias de las monjas tienen, como su campana, el timbre femenino de delicadeza y como su vida misma, el matiz ascensional del amor santo, concentrado y sublime, hacia la divinidad.

Como en todas las cosas, la mujer imprime su sello a su convento y a su capilla y, allá en sus celdas, con una sensación increíble de debilidad, llega a lo más alto de su vida pura, delicada y fervorosa. Por algo las virtudes tienen nombre femenino: fe, esperanza, caridad.

La monja tiene ese algo angelical que le da su vida contemplativa y el mayor encanto es percibir o adivinar en la penumbra su silueta movable y grácil por entre rejas y celosías. Su iglesia, reducida, silenciosa y en tinieblas y el conjunto de voces argentinas que desde el trascoro invisible eleva al cielo sus cantos matinales, tranquiliza y da conformidad de que a Dios no se le pide nunca en vano. Honor y gloria a la vida de santidad.